

Novela Popular Cinematográfica

Año II

Número 57

Entre na- ranjos



25 céntls.

Protagonista:

Charles Ray

Revista Semanal

Entre naranjos

Argumento, en forma de novela, de la preciosa comedia cinematográfica así titulada. Exclusiva de «Gaumont»: Valencia, 274.

PROTAGONISTA: CHARLES RAY

1

Los grandes campos plantados de naranjos en el sur de California, estaban aquel otoño cargados del bello y dorado fruto. Andar por los caminos abiertos por entre los árboles era una delicia, tanto para la vista, gozosa de las redondas naranjas, cuanto para el olfato, por el que se entraba el grato perfume.

La ciudad llamada Citrona, que no vivía de otra cosa, esperaba contenta la óptima cosecha.

Juan Stanton, editor del periódico local *El Ciudadano de Citrona* y propietario de vastos campos de naranjos, había salido, la mañana que comienza nuestro relato, en compañía de su hijo, a dar una vuelta por sus propiedades. Juan Stanton, a

pesar de su ropa bien cortada, era un hombre chapado a la antigua, que se negaba a transigir con las innovaciones que de vez en vez exigen los tiempos modernos.

Su hijo Alfredo, que le acompañaba, protagonista de los hechos que vamos a reseñar, había llegado a la ciudad el día antes, de vuelta de un colegio de Nueva York, en donde había cursado sus estudios. Y al contrario que su padre, tenía en la cabeza una serie de ideas arrevedas, las cuales esperaba llevar a la práctica en la primera ocasión que se le presentara.

Al llegar el auto en que padre e hijo iban a los campos de su propiedad, ambos bajaron para ir hacia la granja a pie, por entre los árboles cargados de fruto, todavía no en sazón.

El padre vio en el suelo una naranja caída, heciosa. La cogió, la partió y, mostrándola a su hijo, explicó:

—Fíjate bien... Estos son los efectos del frío en las naranjas.

Alfredo comprobó que la naranja que su padre le mostraba no tenía zumo. Pero no dijo nada. El padre agregó:

—Seguramente no encenderán muy a menudo los braseros de humo.

En todo el campo, por entre las filas de naranjos, había gran número de braseros de gas que, al encenderlos, producían una humareda horrible, con la cual se protegía a las naranjas del frío. A éstos se refería el padre de Alfredo.

Acercándose a uno de los braseros, el señor Stanton explicó:

—Cuando el termómetro desciende a cero, se encienden todos estos braseros. Con el humo que producen, espeso y cálido, se forma una nube que

envuelve a los naranjos, impidiéndose de este modo que el frío llegue hasta los frutos.

Alfredo escuchaba y callaba.

Y como seguían andando, llegaron a la granja, donde gran número de jóvenes trabajaban en envolver las primeras naranjas recogidas en papeles de seda.

El encargado de aquellos trabajos y de los campos se acercó al propietario para saludarle. Este, correspondiendo al saludo, hizo la presentación de su hijo, diciendo después:

—Ahora que Alfredo ha salido del colegio, él se encargará de continuar en el periódico nuestra campaña en defensa del humo.

Luego, el propietario añadió con cierto tono de mando:

—Hay que luchar ahora más que nunca... Si las mujeres consiguen prohibir el humo, poniendo al pueblo de su parte, puede decirse que está muerta nuestra industria naranjera.

El señor Stanton aludía a un movimiento emprendido por todas las mujeres de la ciudad contra el humo de los braseros. Alegaban, en su campaña, razones de peso: se les estropeaban los trajes; las casas, no obstante permanecer cerradas mientras duraba la espesa nube, estaban negras, manchadas; tanto, que parecían cuevas primitivas y no viviendas de seres civilizados; los muebles, las paredes, todo tenía una sucia capa de hollín. La ciudad entera era una mancha indacolorosa.

Los propietarios estaban muy inquietos por aquella campaña. El periódico de Stanton defendía el humo; las mujeres le atacaban y pedían que se buscara otra forma de proteger las naranjas contra el frío.

Había llegado ya a culminar la campaña en actos cotidianos que se celebraban en público y en los cuales se pronunciaban discursos violentos contra los propietarios.

Y éstos, incapaces de hallar una fórmula moderna para que no se helara el fruto, seguían con tesón defendiendo el humo.

Alfredo, vagamente enterado de lo que sucedía, escuchaba a su padre, como para formarse un juicio de la situación. Y como estaba entre el grupo que formaban su padre y el encargado de la granja y las muchachas que trabajaban, oyó que una de éstas decía:

—El domingo pasado encendieron los braseros y me echaron a perder los vestidos que tenía en la habitación.

Estaba oyendo, pues, Alfredo, al mismo tiempo, los argumentos de los dos bandos. De este modo, como era un hombre moderno, podría formarse un cabal juicio de lo que en la ciudad en que iba a vivir más apasionaba.

La muchacha que había hablado agregó:

—Además, me tuve que pasar todo el día en la cama, porque, ¡cualquiera salía a la calle cuando el humo llenaba toda la población!

—Por mi parte—añadió la muchacha, dirigiéndose a todas sus compañeras,—votaré contra el empleo de los braseros, aunque pierda la colocación.

Al mismo tiempo, Alfredo oyó que su padre le decía:

—En realidad, nuestros adversarios tienen su parte de razón... No es tolerable que una ciudad entera se vea envuelta por el humo de nuestros braseros.

—Ciertamente—contestó el encargado,—pero es ése el único medio para salvar las naranjas...

No necesitaba oír más Alfredo. Los enemigos de los propietarios tenían razón, toda la razón. Había que buscar un medio de proteger las naranjas que no fuera el del humo.

En seguida, Alfredo y su padre volvieron a la ciudad, a Citrona, que se había enriquecido en poco tiempo con la industria naranjera.

Al bajar del auto, en la puerta de la redacción e imprenta del periódico de que Stanton era editor, dijo éste a su hijo, señalándole una vidriera del otro lado de la calle, tras de la cual había un individuo:

—Aquel tipo es quien nos hace la competencia... Se llama Ernesto Guirer y se ha establecido enfrente de nosotros para editar en su imprenta un periodiquito combatiendo nuestros braseros, apoyado por el elemento femenino.

Después de esto, entraron en la redacción. Y allí, el propietario dijo a su hijo:

—De ahora en adelante, tú te encargarás de contestar debidamente a sus impertinencias.

Pasaron luego a la imprenta, de la que era regente un viejo fanático en la defensa del humo, llamado Roque Pardi. Su esposa, Ana, le ayudaba en la defensa de los intereses del propietario.

—Voy a tener el gusto de presentarle a mi hijo—dijo a Roque el propietario.

En seguida, volviéndose a su hijo, añadió:

—El amigo Pardi es un hombre que «siente» nuestra campaña... En él encontramos la ayuda más eficaz para combatir a los partidarios de la supresión del humo.

Vueltos a la redacción padre e hijo, el señor Stanton dijo:

—Nuestro periódico ha defendido siempre los intereses de los propietarios de naranjas...

Alfredo escuchaba en silencio. Entre tanto, dos redactores del otro periódico se habían acercado a la vidriera y uno de ellos trazaba una caricatura de Alfredo para ser publicada al día siguiente, en tono burlesco, en el diario que combatía a Stanton.

Este añadió:

—Ahora, toma tú la dirección y sigue por el mismo camino. Piensa que a tu lado tienes un núcleo de lectores, a los que debes defender y por los que debes luchar si ello fuera preciso... Eres de mi misma sangre, Alfredo, y tengo en ti una ciega confianza. El momento actual es difícil, y es necesario luchar con todas las fuerzas, para no dejarse vencer por el adversario...

Alfredo asentía, con leves movimientos de cabeza.

Su padre continuó:

Tú eres joven y estás en mejores condiciones que yo para triunfar... Por eso, te cedo el periódico, que desde hoy mismo pasa a ser de tu propiedad.

Y descolgando de la pared de la redacción un marco en el que había un papel con una máxima escrita en letra redondilla, lo mostró a su hijo. Decía lo escrito: *«Un periódico pertenece por entero a sus lectores. Debe velar por ellos y luchar por ellos, si su peligro les amenaza»*.

Cuando ya Alfredo lo hubo leído, su padre exclamó:

—Está bien, ¿verdad?... ¡Lo escribí yo!

Aquel día, la Asociación Femenina de Ciriona realizaba uno de los actos más pintorescos de su campaña contra el humo, después de innumerables quejas y reclamaciones dirigidas inútilmente a los propietarios de los naranjales. Todas las mujeres, en

este acto, iban por la calle con negros interrogantes pintados en el rostro, a la manera de cómo las manchaba el humo. Aquellos interrogantes parecían decir: ¿Es usted partidaria de esas manchas?

La señora Clements, presidenta de la Asociación, y sus lindas hijas, eran las principales cabezas del movimiento. Desde primera hora, juntas, andaban por la calle luciendo los pintorescos interrogantes.

Acertaron a pasar por ante la puerta de la redacción del periódico que ya era de Alfredo, en el momento precisamente en que éste se hallaba en la acera.

Nada le dijeron. Pero a poco de haber pasado, una de las hijas de la señora Clements volvió hacia él y, entregándole un papel, le dijo:

—Mamá me manda darle a usted nuestro programa...

Alfredo lo cogió con suma atención.

Mary, que así se llamaba la linda muchacha, gentil y bella, se sentía muy molesta por el humo, pero no encontró mal a Alfredo, a quien creía uno de los defensores de lo que tanto le molestaba. Y como no le encontró mal, antes de alejarse, dirigió una mirada de simpatía al joven. La cual no pasó para éste desapercibida.

Cuando ya ellas se hubieron alejado, Alfredo desdobló el papel y lo leyó. Decía:

«No entra en nuestros propósitos arruinar a la industria naranjera, de la cual todos vivimos en esta ciudad. Pero tampoco estamos dispuestas a tolerar que el humo siga introduciéndose en nuestros hogares, estropeando nuestras ropas y nuestros muebles; que se paralice la vida de la ciudad cuando se encienden los braseros en los naranja-

les; que todos los habitantes de Citrona se vean obligados a refugiarse en sus casas cuando la nube de humo se extiende sobre la población...»

Alfredo, con el programa en la mano, meditó largo rato.

II

Entre tanto que él meditaba, el editor del otro periódico, que había visto a la señora Clements y a sus hijas, salió de la redacción y fué hacia ellas con una sonrisa en los labios.

En seguida, trabó conversación con la madre, en tanto que, con atención, esperaba la llegada de Mary que venía hacia ellos después de haber entregado el programa a Alfredo.

Mary, al llegar, exclamó gozosa, prueba evidente de la simpatía que había sentido por el hijo de Stanton:

—El nuevo propietario del periódico parece que tiene más cabeza que el anterior...

—Pues que ande con cuidado—repuso, molesto por aquel entusiasmo el tal Ernesto Guirre,—porque me parece que pronto le haremos andar de cabeza.

A Mary no le parecieron bien estas palabras, de lo cual dió prueba con un movimiento significativo. Ernesto se dio cuenta de ello y añadió, queriendo amenguar la mala impresión que en Mary había causado:

—Créame usted, Mary... No se deje entusiasmar porque un sastre le haya vestido bien. En el

fondo, no es más que un defensor de las viejas rutinas, exactamente igual que su padre.

La incomprensión que suponían estas frases, no pasó desapercibida para Mary, de modo que no logró con ellas Ernesto el fin que se proponía.

La señora Clements, percatada de lo que sucedía, se despidió del periodista y se alejó con



sus hijas para marchar en busca de las demás manifestantes contra el humo.

En aquel momento, el regente de la imprenta de Stanton salía a la calle para llamar a Alfredo, con el fin de hablarle de los asuntos del periódico. Y viendo que éste tenía en la mano el programa de las señoras, como viera también, no muy lejos aun, a la señora Clements y a sus hijas, se figuró lo ocurrido y, arrancando de las manos del joven el programa y arrojándolo al suelo, exclamó:

—No consienta usted que esas niñas bonitas le obliguen a leer una propaganda hecha contra nosotros!

Dicho esto, desapareció de nuevo tras la vidriera de la imprenta.

Alfredo no tuvo, pues, tiempo para contestarle. Aunque acaso no hubiera sabido, por la sorpresa, qué decir.

Volvió a recoger el programa y, con él en la mano, entró tras el regente. El cual, ya dentro, dirigiéndose de nuevo a Alfredo, como siguiendo el mismo pensamiento que le había dictado las anteriores palabras, añadió:

—¡Hay que temer a las mujeres!... ¡Hoy por hoy son nuestros peores enemigos!

—No creo—le contestó Alfredo con firmeza—que el ser partidarios del humo nos impida leer la propaganda contraria.

El argumento era tan lógico, que el regente no supo qué contestar. Se quedó mirando a Alfredo como quien ve visiones y sin acertar a decir palabra. Parecía como si nunca hubiese oído palabras sensatas, hasta aquel momento. Tan enorme fué el efecto que ellas le causaron.

Y por si aun era poco su estupor, Alfredo preguntó:

—¿Es el humo o el calor lo que salva las naranjas?

Roque se quedó mirando, como atorado, a su joven patrono.

La esposa de Roque contestó súbitamente:

—El calor!

Estas palabras de su esposa sacaron al regente de su asombro silencioso, y entonces volvió a hablar. Dijo:

—Sea el calor o el humo, nuestros contrarios no tienen razón.

Rió Alfredo de esta salida del fiel operario, y salió de la imprenta para ir a la sala de redacción del periódico. Una vez en ella, mirando las paredes, ayunas de toda limpieza, la mesa, vieja y desvencijada, los muebles, nada cómodos y ya seculares, llamó a Roque y le dijo:

—Hay que buscar un papel decorativo para empapelar este despacho... Quiero transformarlo por completo, dándole un tono de modernidad y de elegancia.

El regente, doblemente asombrado ahora, respondió:

—Pero, ¿quién ha visto semejantes bagatelas en la redacción de un periódico?

—Yo mismo, amigo Roque—contestó amablemente Alfredo.—Yo mismo las he visto.

Con las tulladas protestas del regente, algunos días después, la redacción del periódico quedó por entero transformada. Se cambió todo, y ahora era ya cómodo y hasta grato permanecer allí largo tiempo, lo cual, antes, para una persona de mediano gusto, era totalmente imposible.

Uno solamente cambió el aspecto exterior de la redacción. También *El Ciudadano de Citrona* comenzó a aparecer renovado, notándose su profunda transformación desde el artículo de fondo hasta la última gaceta.

Por esto, los propietarios de Citrona estaban muy alarmados. Aquella modernidad les inquietaba.

No atreviéndose a decir nada a Alfredo, pues en el fondo se sabían incapaces de aducir razones de peso, pasaban por la calle y, parándose ante la redacción, exclamaban:

—¡Lo que queremos es un periódico que nos defienda y no una redacción llena de papeles de colores!

Hasta los oídos de Alfredo llegaron estas habillitas de los propietarios. Pero no les hizo el menor caso. Estaba preocupado por cuestiones de mayor importancia, las cuales no le dejaban tiempo para dedicarle a contestar a las pequeñas murmuraciones falsas de lógica.

Todo el tiempo que le dejaba libre el periódico, lo dedicaba a estudiar y planear un nuevo brasero que, dando calor como los otros, no produjera humo, la plaga de la ciudad. Esperaba salir adelante, victorioso, con este plan, verdaderamente salvador para todos, para los propietarios y para los que, por culpa de éstos, sufrían las consecuencias del humo. Pero a nadie había dicho nada todavía de sus estudios con este propósito.

A poco de todo esto, la señora Clements organizó una tómbola, en sus propias naranjales, con el objetivo de recoger fondos que serían destinados a la campaña contra el humo.

Alfredo procuró terminar temprano sus trabajos y se encaminó a la propiedad de la señora Clements, donde la tómbola se celebraba. En el momento que llegó, la duña de la finca estaba pronunciando un discurso acerca de la causa por la que allí estaban reunidos. Alfredo, sin prestar mucha atención a ello, se dirigió al puesto en donde se hallaba Mary, a la que saludó con su acostumbrada deferencia.

Ernesto, el editor del otro periódico, al ver a Alfredo junto a Mary, para no dejarles hablar libremente, se acercó a ellos.

Mary, disimulando su molestia, dijo a Alfredo:

—¿No conoce usted al señor Ernesto, el propietario de *La Voz de Citrona*?

Era la presentación. Alfredo saludó a su adversario.

A poco, llegó la señora Clements, que ya había terminado de hablar. Y al ver allí a Alfredo, le previno:

— Señor Stanton, lo lamento mucho, pero esta tarde se pronunciarán, seguramente, varios discursos no muy elogiosos para su padre de usted...

Alfredo sonrió, comprensivo. Pero no contestó nada.

Se acercaba el crepúsculo y empezó a notarse un poco de frío. Los viejos que habían acudido a la tómbola, se pusieron los abrigos. Cada momento que pasaba, se hacía el frío más intenso.

En la Asociación de Naranjeros, donde el mayor o menor ajetreo de los empleados dependía de las oscilaciones del termómetro, el principal oficinista dijo a sus subordinados:

— Me parece que esta noche se tendrán que encender los braseros.

Al poco rato, como el frío hubiera aumentado, un empleado entró y dijo:

—Creo que debemos apresurarnos a dar las órdenes oportunas para que salgan a dar aviso de que se enciendan los braseros.

— Avise usted al empleado Roland que venga inmediatamente—ordenó el jefe.

Se presentó en seguida este empleado.

—¡Pronto!—gritó el jefe.—¡Mire a ver qué temperatura hay en el exterior!

Cuando regresó este empleado de la calle con la noticia de que el termómetro marcaba unos grados bajo cero, el jefe ordenó:

—¡Que toquen la sirena de alarma!

Y rasgaron el silencio del atardecer las vibraciones de la sirena, encargada de avisar a los naranjeros que encendieran los braseros y a los demás habitantes de la ciudad que cerrasen las puertas y ventanas de sus casas, para que el humo no penetrase en sus habitaciones.

Y para los naranjales lejanos adonde no podría llegar el grito de la sirena, partieron, rápidos, gran número de individuos, en motocicletas. Pronto todo el campo quedó zarcado por estos individuos, que volaban, tocando, desde la carretera, por medio de un cordel, campanas que había en todas las granjas instaladas.

En la granja de la señora Clements, todos los que asistían a la tómbola, al oír el grito de alarma de la sirena, se apresuraron a huir, como enloquecidos.

Alfredo, que nunca había visto aquello, estaba asombrado. Pero no se retiraba de Mary.

La señora Clements gritó a sus hijas:

—¡Hay que apresurarse, pues, si no, el humo lo destruirá todo!

Luego, dirigiéndose a Alfredo, exclamó:

—¡Ahora, señor adversario, ahora verá usted si tenemos nosotras razón al pedir la supresión del humo!

III

Después de un momento de silencio, aunque no con mucha convicción, Alfredo contestó a la señora:

—Lo que hacen es natural... Quieren, a toda costa, salvar la fruta de los naranjos...

—Sí; pero en cambio, el humo echará a perder todo lo demás que encuentre en la ciudad.

Alfredo, pensativo, no contestó nada. La señora Clements agregó:

—Si solamente dieran calor sin humo, nadie se quejaría...

—¡Calor sin humo!... — murmuró Alfredo. — Precisamente es una idea que estoy estudiando.

En la granja ya no quedaba nadie. Solamente la dueña y sus hijas, acompañadas por Alfredo. Ellas se ocupaban en recogerlo todo y llevarlo a la casa para que el humo no lo estropeará. Todos los demás habían marchado a la ciudad. Esta parecía un cementerio. Nadie andaba por la calle, y todas las puertas y ventanas habían sido cerradas.

En el campo, una humareda horrorosa se extendió por todas partes. No era posible dar ni un paso; no se veía nada. Solamente humo, espeso y cálido, que lo ocupaba y lo manchaba todo.

En su huida hacia la ciudad, Alfredo se vió envuelto en aquella nube sucia, malsana, repugnante. Antes de partir de la granja, al ayudar a Mary a salvar algunas casas, ambos se habían visto envueltos en la apesosa humareda. Pero ni él ni ella dijeron nada. Se comprendieron.

Al llegar a la redacción, negro como un desollador, manchado, con todas las vías respiratorias cubiertas por una capa espesa de gas, antihigiénica y repulsiva, Alfredo iba dispuesto a emprender una campaña continuada contra las causas de todo aquello.

Al entrar, la esposa del regente le dijo:

—Señor Stanton, esta humareda de hoy es la más grande que he conocido... ¿No se podría encontrar remedio a esto?

Antes de que Alfredo contestara, el regente afirmó:

— ¡El humo es necesario!

Alfredo, comprendiendo que sería inútil toda disputa, se metió en la redacción y comenzó a escribir un artículo. A poco, lo tenía terminado. Era una página vibrante, encendida, fervorosa, contra el humo.

Llamó al regente y se lo entregó. Este comenzó a leerlo. Y cuando lo hubo leído por entero, exclamó estupefacto:

— ¡Cómo! ¡Usted escribiendo contra el humo!... ¡Pero esto es contrario a los principios de su periódico!

— ¡Compóngalo! — ordenó, sin dar explicaciones, Alfredo.

La edición del día siguiente, en la que iba de artículo de fondo el trabajo de Alfredo, causó sensación entre los lectores de *El Ciudadano de Cifra*. Los propietarios de naranjales se escandalizaron y el padre de Alfredo se creyó obligado a tomar cartas en el asunto.

Al efecto, en las primeras horas de la mañana se presentó en la redacción, donde su hijo se hallaba ya trabajando.

— ¡Qué has hecho, Alfredo? — dijo. — ¡Todos nuestros partidarios están contra nosotros!

Alfredo miró detenidamente a su padre, pero no le contestó nada. El señor Stanton añadió:

— ¿Pero es que tú crees que la opinión de un periódico serio se puede cambiar así como así?

Como su hijo continuara en silencio, continuó:

— ¡Te has vuelto loco, Alfredo!... ¡Por lo visto, quieres arruinar a tu padre y a toda la industria naranjera! —

Alfredo, con calma, repuso:

— No hago nada más que seguir tus máximas, papá... Defiendo los intereses de mis lectores... aunque de momento parezca lo contrario. Aunque no los defendiera en la forma que ellos lo entiendan, defiendo, eso sí, su vida, amenzada por ese humo pestífero. Pero además de la vida, más tarde se verá que también me preocupo de sus intereses...



— Pero, ¿qué dices?

— Tengo un gran proyecto entre manos, papá... Déjame desarrollarlo sin ponerle trabas.

El señor Stanton, confuso ante la serenidad de su hijo, salió de la redacción sin decir nada. Junto a la puerta, encontró a una comisión de propietarios que iban a entrevistarse con Alfredo. Les disuadió de ello. Y ante las protestas que los propietarios hacían, dirigidas a él, contestó:

—¿Qué quieren ustedes que haga yo, amigos míos?... El periódico es de mi hijo, puesto que yo se lo he dado, y él es dueño de imprimirle el run-ba que quiera.

—Pues entonces—dijo uno de los propietarios,—vamos a ponernos de acuerdo con Ernesto Guirer. ¿Yo no permito que nuestra causa se pierda por el capricho de un barbilampiño.

Todos los propietarios aprobaron estas palabras. Y como intentaban que el señor Stanton les acompañara, éste contestó:

—Amigos, yo me lavo las manos en este asunto, que juzgo deshonroso para nosotros y para mi hijo.

—Piense usted, Stanton, que si su hijo queda descalificado, ello redundará en beneficio de toda la ciudad... ¿Hay que sacrificar algo por el bien de todos!

Ante este argumento, que el señor Stanton creyó definitivo, se dispuso a acompañar a sus amigos a la entrevista con el editor del otro periódico.

Pronto estuvieron ante el tal Ernesto, al que expusieron con todo detalle el objeto de la visita. Y aquél, que era individuo pronto para toda venta en la que viera pronto beneficio, contestó:

—Yo me encargo de poner fuera de combate a Alfredo Stanton... pero con una condición: que se me dejen las manos libres, para poder yo usar las armas que crea más convenientes...

—Nada de violencias, ¿eh, Guirer?—dijo el señor Stanton.

—No, váyase usted tranquilo... Todo se arreglará sin ruido y del mejor modo posible.

Pasaron unos días y, mientras se conspiraba contra él, Alfredo estudiaba el modo de suprimir

el humo, pernicioso para la población, para dejar solamente el calor, beneficioso para las naranjas...

Se puso de acuerdo con un mecánico y le hizo construir, bajo su dirección un nuevo modelo de brasero. El cual dió por entero el resultado apetecido.

El día que lo probaron, en el taller del mecánico, al ver su buen funcionamiento, Alfredo ordenó al constructor, que comenzara a trabajar sin descanso en la producción de nuevos y numerosos braseros de aquella forma. Luego dijo:

—Ya he pedido la patente, y dentro de poco no quedará en el campo ni uno de los antiguos braseros humeantes.

Entre tanto, habían comenzado, en *La Voz de Citrona*, una violenta campaña contra la persona de Alfredo, poniendo en juego toda clase de astucias para descalificar al joven ante la opinión de la ciudad.

Alfredo no hacía mucho caso de la campaña de su adversario. Hizo traer a la redacción el primer brasero construido y llamó a Mary para mostrárselo. Quería que fuese la joven la primera en ver su invento.

Ya los dos en el despacho de Alfredo, éste encendió el brasero. Al principio, produjo, como los otros, un poco de humo. Mary, impaciente, exclamó:

—Pero éste también da humo...

—Sí—repuso Alfredo,—pero al principio nada más y en cantidad insignificante. Luego, sólo queda la llama, es decir, el calor, que es lo que necesitan los naranjales.

En efecto, a los pocos momentos, cesó todo humo y sólo quedó en el brasero una llama viva, limpia y pizra.

Mary, entusiasmada, gritó, mirando con cariño al joven:

—¡Estoy orgullosa de usted, Alfredo!

Durante un momento, permanecieron en silencio. Fue aquélla su declaración de amor. Luego, Alfredo dijo:

—Su mamá de usted, a la que he hablado de mi invento, aunque todavía no sabe su resultado, me ha pedido treinta braseros para enseñarlos mañana al público durante la votación.

Al día siguiente había de celebrarse en la ciudad un plebiscito para decidir si debía o no suprimirse el humo. Todas las probabilidades de triunfo estaban de parte de los que pedían su supresión. Alfredo había procurado tener listo su invento para aquel día, con el fin de decidir aun más la victoria. Puesto que se contaría con un medio de que no sufrieran los intereses de nadie. La señora Clements, contenta por ello, quería presentar, durante la votación, este medio. De aquí los treinta braseros a que Alfredo ha hecho referencia.

Alfredo y Mary, después de su charla, salieron a pasear hacia el campo.

Un enviado de Ernesto, que había oído cuanto hablaron y les vió salir de la ciudad, corrió a la redacción de *La Voz de Citrona* y dijo a todos los que allí había, puestos de acuerdo para estropear todos los planes que para el día siguiente tenía Alfredo, con lo cual esperaban que la votación se decidiera en favor de la permanencia del humo:

—Vamos, muchachos, hay que darse prisa, si se quiere que nuestro plan quede terminado antes de la noche... ¡Los dos tórtolos van ahora por la carretera!

IV

Empezaba a oscurecer. En dos autos salieron todos los que había en la imprenta, dirigiéndose hacia la parte de las afueras de la ciudad adonde Mary y Alfredo habían ido paseando.

Los dos jóvenes, ajenos al peligro que les amenazaba, charlaban gratamente, sin duda del porvenir que les aguardaba. El amor, de vez en vez, unía sus manos bajo la caricia de aire y el rumor de las ramas de los árboles. Y, sin darse cuenta, se iban alejando más y más de la ciudad.

A poco de haber partido los dos autos, y cuando ya era de noche, uno de los cómplices de Ernesto se presentó en la imprenta de Alfredo y, amenazando con un revólver a los que en ella había, que eran un cajista, el regente y su esposa, les dijo:

—Hagan el favor de marcharse de aquí ahora mismo... Les advierto que si se resisten, lo sentirán...

Salieron los tres. Cuando hubieron salido, el otro empasteló todo lo que ya había preparado para la edición del día siguiente de *El Ciudadano de Citrona*, y salió, cerrando tras sí la puerta.

A la misma hora, uno de los autos se desvió de la carretera y del otro, que paró poco después, bajaron los que lo ocupaban y se escondieron en un lugar propicio para una sorpresa. Quedó sólo el chófer, que continuó la marcha para ir a en-

contrar a Mary y Alfredo. Y cuando llegó hasta ellos, bajando, dijo:

—La señora Clements me ha enviado a buscarles y a que los lleve a ustedes al local de la Asociación.

—¡Pero si mi mamá no ha ido hoy a la Asociación!—contestó Mary.

—Perdone, señorita—repuso el chófer.—Acabo de llevarla yo mismo. Creo que hay una sesión muy borrascosa.

Se miraron los dos jóvenes. El argumento era decisivo. Como al día siguiente era la votación, nada más natural que ello diera lugar a una sesión movida. Sin sospechar nada, pues, subieron al auto.

A los pocos momentos, cuando pasaban por donde se habían ocultado los que antes iban en el auto, éste fué asaltado, y Mary y Alfredo sujetos de forma que no pudieran escapar.

Entretanto, Roque el regente y su esposa, habían vuelto a la imprenta, seguros ya de no encontrar allí al que les echó de ella. Y al ver todo el trabajo deshecho, el regente exclamó:

—¡No podremos sacar la edición de mañana! ¡El día que Alfredo tiene más interés en que salga el periódico! ¿Qué va a pasar aquí?

Mary y Alfredo fueron llevados a una granja lejana, en donde ya esperaban los ocupantes del otro auto, entre los que estaba Ernesto.

Este acompañó a los dos jóvenes a una estancia de la granja. Para que éstos no intentaran escapar, todos los demás les seguían.

Ya en aquella estancia, Ernesto les dijo:

—Por esta noche, se quedarán ustedes aquí... Lamento no poder ofrecerles mejor habitación... pero en estos tiempos de escasez de viviendas no se pueden pedir gollerías...

Después, inutilizando el teléfono, agregó:

—Me dispensarán ustedes que inutilice el teléfono... Mis relaciones con la policía son muy superficiales y, la verdad, no me gustaría intimar con esa gente.

Hecho esto, todos salieron y cerraron la puerta tras sí. La estancia no tenía ninguna otra salida.

Inmediatamente, y antes de que Mary y Alfredo cruzaran la palabra, volvió a abrirse la puerta y desde ella lanzaron a los pies de Alfredo una plana de periódico, diciéndole:

—Tome usted... Lea el articulo de fondo que publicará mañana *La Voz de Citrona*, de cuya primera plana eso es una prueba... Así se distraerá.

Cuando se hubo cerrado otra vez la puerta, Alfredo cogió el trozo de periódico, lo desdobló y vió que, a toda plana, publicaba los siguientes títulos: «La camisa de seda de Alfredo Stanton tiene alas. Se la encuentran en una habitación abandonada. Mientras todo el pueblo de Citrona trabaja hoy por la votación, nuestro invicto convecino se divierte con las niñas de la ciudad.»

Seguía una información absurda y escandalosa que Alfredo no quiso leer. Arrugó el sucio papel entre sus manos con cólera y comenzó a pensar que no había más remedio que salir de allí.

Mary, que vió su gesto de rabia, producido por la lectura, le pidió el periódico. Alfredo se negó a entregárselo. Ella insistió. El, no sabiendo cómo negar, lo puso en las manos de ella. Y Mary, al leer aquellos títulos, que la atacaban en su honra, hubo de apoyarse en el hombro de Alfredo para no caer al suelo desvanecida.

Ernesto y sus cómplices, que estaban al otro lado de la puerta, viendo por un agujero todos los movimientos de los dos jóvenes, abrieron en aquel

momento y, con una máquina fotográfica preparada al efecto, sacaron una instantánea. Como Alfredo hubo de sujetar a Mary para que no cayera al suelo, la instantánea daría perfecta idea de que estaban abrazados.

Por efecto de la llama de la máquina, Mary volvió en sí y se dio perfecta cuenta de lo que había sucedido. Alfredo estaba tan indignado, que no acertaba a decir palabra.

Habló Ernesto:

—Esta fotografía saldrá en el blanco que habrá visto ya en la plana del periódico.

Luego añadió:

—Mañana, usted y la señorita serán los héroes del día. Les participo que haremos la edición en papel «couché» para que la fotografía salga bien clara.

Y salió, cerrando de nuevo la puerta.

Por el mismo agujero que antes les habían visto a ellos, Alfredo vió que dejaban, sobre una caja, la instantánea, en agua para que se revelara. Y que Ernesto y varios de sus cómplices salían de la granja para dirigirse a la ciudad, sin duda pensando volver más tarde a recoger, ya revelada, la fotografía. Y vió también que dejaban, para que ellos no pudieran escaparse, a tres de aquellos tipos, los cuales, en cuanto estuvieron solos, se pusieron a jugar el poco dinero que tenían.

Alfredo, dispuesto a escapar, se acercó al teléfono destruido e intentó arreglarlo para poder comunicar. Creyendo haber encontrado el medio, dijo en voz baja a Mary:

—Deme una horquilla.

Se acercó la joven y le entregó el objeto que pedía. Durante un largo rato, estuvo Alfredo maniobrando en el aparato. Al fin, empalmó con la

horquilla y llamó a la central. Como no podía hablar fuerte, pues que le habrían oído los que había al otro lado de la estancia, se esforzaba por hacerse comprender. Decía, espaciando las sílabas, pero en voz apenas perceptible:

—¡Con la je fa tu ra de Po li cia... Po li cia!

—No se entiende ni una palabra—le contestó la señorita de la central.

—¿Qué bien lo oyó él esto! ¡Y no podía hacer que le oyeran a él del mismo modo!

Abandonó el teléfono con rabia.

Comenzó, en seguida, a dar vueltas por la estancia, buscando el modo de salir de ella. ¡No se le ocurría nada! Se apoyó sobre una mesa, desesperado. Ni él ni Mary hablaban.

Al apoyarse sobre la mesa, vió encima de ella dos prensas fuertes, de las que se usan para copiar cartas. Se iluminó su rostro. Con gran cuidado, para no hacer ruido, puso las dos prensas en el suelo. Hecho esto, llevó la mesa junto a la puerta. Colocó en ella una de las prensas, tendida. Luego, a ambos lados, hasta llenar todo el espacio, puso libros y maderas. En seguida, comenzó a dar vueltas a la prensa, y el marco de la puerta empezó a ceder. Al fin, la parte de la cerradura que entraba en el marco quedó fuera. Mary le ayudaba. Empujaron un poco la puerta. Quitaron libros, maderas, prensa y mesa. La puerta estaba ya abierta. Sus vigilantes seguían jugando.

Alfredo y Mary, dejando libre la puerta, se escondieron tras ella. Y hecho esto, hicieron gran ruido para llamar la atención de los cómplices de Ernesto. Los cuales, naturalmente, corrieron hacia la estancia en que los jóvenes estaban.

Y al mismo tiempo que ellos estaban allí, Al-

frede y Mary salían y alcanzaban la puerta de la granja, en la cual, por suerte para ellos, estaba el mismo auto en que habían sido llevados. Subieron en él y partieron, veloces, hacia la ciudad.

Antes de esto, Alfredo se había cuidado de romper la instantánea, pues que había visto donde fué dejada.

V

Cuando aun no había unos segundos que Alfredo y Mary habían partido, llegaban a la granja, en el otro auto, Ernesto y sus demás acompañantes, para llevarse la escandalosa fotografía y para terminar otras partes de su plan.

Le explicaron lo ocurrido. Fuera de sí, exclamó:

—¿Y de qué os han servido las pistolas que lleváis en los bolsillos?

La verdad es que no habían tenido tiempo de hacer uso de ellas.

Sin perder momento, Ernesto y algunos más, casi todos sus cómplices, volvieron a subir en el auto que les había llevado para emprender la persecución de los dos jóvenes. El auto éste era más potente que el en que iban Alfredo y Mary.

Pronto se dieron cuenta de que les seguían y de que, probablemente, serían alcanzados.

Los dos autos por entre naranjos, corrían con furia atolondrada. Pero el de los perseguidores corría más.

Alfredo, con su ingenio, en toda ocasión despierto, encontró un medio para despistar a sus perseguidores. Bajó del auto, cogió uno de los braseros luminosos, lo encendió y lo colocó en el estribo, como para dar la impresión de que el coche se había encendido. Y al llegar a un lugar de la carretera en que había gran montón de escombros, le prendió fuego, supuesta destrucción total del auto. Lograron así, si no convencer a sus perseguidores, al menos distraerles lo suficiente para poder llegar a la ciudad antes que ellos.

Y ya en la ciudad, al bajar en la puerta de su imprenta, antes de entrar en ella, se dirigió a la de enfrente, donde no encontró a nadie. Pudo así, con toda libertad, y sin peligro, destruir todo lo que allí había preparado para la edición del día siguiente. Su amada no vería su nombre en las columnas de un periódico escandaloso. Ya estaba tranquilo.

Volvió, pues, a su imprenta. En la puerta, le esperaba aún Mary. Y como él hiciera el gesto de despedirse de ella, Mary dijo:

—Yo quiero quedarme aquí, para ayudarle a hacer el periódico.

Entraron los dos en la imprenta.

—¿Ha sucedido algo de nuevo, Roque?—preguntó Alfredo al regente.

Este, sin contestar, le mostró lo que el cómplice de Ernesto había hecho.

Alfredo, al ver aquello, supuso lo que no tardaría en suceder. Y se puso al teléfono.

Cuando llegaron todos los adversarios de Stanton a la imprenta, al frente de los cuales venía el propio Ernesto, dispuesto a no dejar tirar con cabeza, provisto de pistolas a punto de disparar,

les recibió la policía, que les detuvo a todos sin tardanza.

Alfredo, cuando los ataban, les dijo:

—Perdunen ustedes la emboscada, pero en esta clase de luchas todo está permitido. Ustedes, no hace mucho, me lo han demostrado.

En cuanto la policía salió llevándose a los detenidos, Alfredo gritó en tono de orden:

Ahora, a preparar nuestra edición especial.

—Imposible—contestó el regente.—No hay tiempo para nada...

—Sí, hay tiempo de hacerla...—repuso Alfredo con energía.—No dormiremos esta noche, pero mañana por la mañana saldrá el periódico.

Comenzaron a trabajar todos. El regente y su esposa, Alfredo y Mary.

Al amanecer, el periódico salía ya listo de la máquina.

Y Alfredo dijo al regente:

—Vaya sin tardanza a buscar a todos los chicos que encuentre en la ciudad. Que vengan todos, pero en seguida.

Comenzaba a clarear el día, después de aquella noche tan febril. Empezaron a llegar muchachos y más muchachos. Alfredo los reunió a todos y les dijo:

—Muchachos, tengo un dólar para cada uno, pero a condición de que llevéis, antes de la hora de la votación, los números de mi periódico, a todos los rincones de la ciudad. Es preciso que no quede ni un solo habitante de Citrona sin el periódico. ¡Y cuidado con echar a perder ningún ejemplar! Todos, absolutamente todos, han de ser aprovechados.

Los muchachos, contentos por el regalo de un dólar, empezaron a coger periódicos y a salir a

la calle dispuestos a repartirlos tal como se les había ordenado.

Cuando ya toda la edición estuvo fuera, y era más numerosa que lo había sido nunca, Alfredo se retiró hacia la redacción dispuesto a descansar unos momentos. También desapareció Mary de la imprenta. Poco después, salieron igualmente de ella el regente y su esposa. Quedó abandonada y en silencio.

Cuando ya era media mañana, empezaron a circular por las calles gentes apresuradas que corrían hacia el lugar donde debía celebrarse la votación. Y poco después, comenzaron a desfilar, por todas las calles, grupos femeninos llevando carteles en los que sólo decía: VICTORIA.

Había en todos los labios de las lindas muchachas sonrisas gozosas. Ya no habría más humo. Ya podrían lucir siempre, limpios, sus bellas caras. No más sucias manchas en su ropa.

Una manifestación numerosa, a cuyo frente iba la señora Clements, que había hecho antes de la elección un magnífico discurso, y había presentado con elocuencia los braseros inventados por Alfredo, explicando sus muchas e indispensables ventajas, se paró cerca de la imprenta de *El Ciudadano de Citrona* y, subiendo a una altura, habló:

—Hemos triunfado... De hoy en adelante, no habrá más humo en Citrona. Y tampoco saldrán perjudicados los intereses de los propietarios, puesto que el invento de nuestro conciudadano Alfredo Stanton resuelve por completo la cuestión. ¡Tres luerras al nuevo braserito de Stanton, que suprime el humo!

Se oyó un grito ensordecedor. Los vivos a Alfredo se sucedían cada vez más frenéticos y entusiastas.

En todas las manos, se veía el periódico de Alfredo, cuya primera plana, toda ella blanca, tenía un solo letrero en el centro, que decía en letras muy negras: «VOTE USTED POR UNA CIUDAD TAN LIMPIA COMO ESTA PÁGINA.»

La *Voz de Citrona* no había salido. Todo el plan de los adversarios de Alfredo había sido deshecho, tanto porque era contrario a los intereses verdaderos de la ciudad, cuanto por la ardua lucha que, durante toda la noche, había sostenido el joven, poniendo en ella, además de su fina inteligencia y de su ingenio, la fuerza que le daba su amor hacia Mary, a la que, durante unos momentos terribles, vió en boca de todas las gentes, como consecuencia de los comentarios canallescos que se trataba de publicar.

En aquella hora en que toda la ciudad le vitoreaba, él, después de la ruda jornada, gozaba el reposo bien ganado; a su lado, reposando también, estaba Mary, que al salir de la imprenta se fué tras de su amado a la redacción, que allí era donde estaban ambos dormidos, sentados solamente en el sofá que había junto a la pared. Pero Alfredo no se había dado cuenta de que Mary estaba a su lado...

Como los vivas continuaban en la calle, Alfredo abrió los ojos. Le habían despertado los ruidos de las manifestantes vitoreándole.

Al despertar, se vió en mangas de camisa, manchada ésta de tinta, manchado todo él también, y no sólo de tinta, sino también del humo que hubo de hacer la noche anterior para despistar a sus perseguidores.

Sintió un peso en su hombro. Volvió la cabeza. Mary se apoyaba allí y dormía. También tenía el rostro manchado de humo y de tinta. Sentrió a

aquella felicidad. Y volvió a cerrar los ojos y dejó caer su cabeza sobre la de la amada, cuyos cabellos hacían de almohada ideal.

El ambiente todo de la calle y de la estancia, llevaban al ánimo de Alfredo una gozosa alegría que, con el amor de Mary, se haría perenne.

FIN

Titulos de los cuadernos publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Cardí.—3. La agonia de las Águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El flirt.—8. Chiquilín y Chiquilín hospielana.—9. Theodora.—10. ¡Qué lentos son los maridos!—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonaria.—13. La Duquesa Misterio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Cabardo en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. Su Majestad el Americano.—21. La valentía de un hombre.—22. Besada.—23. Parada de Los tres mosqueteros.—24. Retribución.—25. Matrimonio accidental.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Biñóme.—31. El guito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vidoca.—35. Las dos huérfanas.—36. Tess, en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A galope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Saturne.—47. El viejo niño.—48. Una noche melancólica.—49. Chiquilín, artista de circo.—50. Susana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terrore!—53. La casa de Flodós.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—56. Cazando el amor.—57. Entre naranjos.—58. De mala suerte.

Precio de cada ejemplar, 25 cénts.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

Publicaciones MUSEO, Barbó, 15, Apartado 605.—Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'— pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemen		
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y librerías.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbadá, 15, Apartado 925 — Barcelona